Asunto de Cantinas

Alvaro Amaya

Image not found.

Capítulo 1

Asunto de Cantinas

Cuento

El recién abierto bar estaba vacío y silencioso. La penumbra olía a moho y al caminar, el piso de madera se percibía pegajoso. La única iluminación provenía de los delgados tubos de neón que enmarcaban la estantería adosada a la pared y que el fondo de espejos reproducía hasta llegar con triste intensidad a los rincones del lugar. El panzón cantinero de edad indefinida que irónicamente se llamaba Marcial, con relajada tranquilidad se desentendía de mí en cuanto me servía. Habituado a la rutina de ser su primer parroquiano cuando abría para empezar su turno nocturno, proseguía limpiando y preparándose para la jornada que se avecinaba, sin hablar y sin volver a verme.

Lo hacía sólo si lo llamaba.

- ¿Cómo tomará su trago? -, me preguntó la primera vez que llegué a su bar.

- En silencio -, le dije y desde entonces quedó sabido que no necesitaba meterme cháchara para obtener buena calificación.

Al llegar allí, a esa hora yo ya había agotado las quince mil palabras que un libro dice que los hombres expelemos en un día normal, por lo que ésta es mi mejor y necesaria hora para reordenar nervios y recuperar cerebro.

- Hi -, saludó un parroquiano que entró sin que lo oyera y que sólo vi cuando se sentó en el asiento giratorio junto a mí.

- Hi -, respondí sin volver verlo y preguntándome por qué jodidos no se había instalado lejos.

Al reflejarlo, el espejo al fondo me dijo que tal vez era de mi misma estatura y edad. Tez blanca y cabello engominado, estaba vestido del común oscuro citadino que lo convertía en otro anodino yo, de los muchos que zanjamos lo laboral con un trago en un bar antes de regresar a casa pero con él ya éramos dos y eso era mucha gente.

Yo no quería hablar con nadie. Él lo entendió y tampoco me habló pero podíamos vernos las caras en el espejo que desde el fondo, multiplicaba las botellas del mueble del bar. Intenté una expresión que no fuera cordial ni mostrara rechazo pero el espejo me dijo que había logrado una cara de

pendejo.

Cuando sirvieron mi segundo trago se volvió para verme.

- ¿Qué es eso? -, preguntó estirando los labios para señalar mi vaso de líquido cristalino.

- ¡Ah, Ginebra! -, repitió y se quedó sonriendo.

– ¡Pendejo, ríase de su madre! -, pensé para mis adentros al creer que se burlaba.

Al levantar la vista vi que al rostro del espejo todavía le quedaba la mitad de la risa y como si supiera lo que pensaba,

- No me estaba burlando -, explicó a modo de disculpa. – Sólo me recordó un asunto en México -.

Estuve seguro que lo había dicho para inducirme a preguntar pero preferí callar. A este bar se llegaba para alambicar desahogos con uno mismo, no para tenderse en un diván para destilar idiotas alegrías o melodramáticas miserias, o a lo sumo, para tomarse rápidamente el trago que no se puede tomar al llegar a casa para evitar refunfuños domésticos.

Lo adivinaba buscando el modo de romper el muro de silencio que interpuse.

Cuando habló, dijo, – De perdidas caí en una desconocida aldea enmontañada al norte de México, en la que tuve que permanecer varios meses -, y agregó,

– En la única cantina de mala muerte de ése lugarcillo sólo servían ginebra -, le dijo a mi imagen en el espejo.

Ilógicamente eso le produjo regocijo y le volvió a sonreír a su recuerdo.

- ¿Se da cuenta? -, le preguntó al yo que estaba en el espejo,

- ¡Norte de México y sin tequila, pulque ni mezcal! ¡Sólo ginebra inglesa! -, dijo girando sobre la butaca para volverse hacia mí , asumiendo que había dado mi anuencia para que la conversación quedara inaugurada.

Sin decir nada lo quedé viendo, serio e inexpresivo, pero no se dio por enterado y prosiguió hablando.

- Los hombres del pueblo habían asaltado un camión de carga a muchos kilómetros, allá abajo en la carretera. Veinte hombres tardaron una semana en subir a lomo de burros y por veredas de montaña, todas las

cajas de ginebra hasta el lugar -, contaba.

- Como ningún contrabandista ni nadie de los alrededores se interesó en comprar lo robado, lo habían depositado en esa cantinucha de paredes de adobes y piso de tierra de la aldea. Cuando llegué, tenían tres meses de estar tomando la ginebra día tras día -, dijo para proseguir, - Parece que al principio la compraban pero después era gratuita para todos los hombres del pueblo -, contó.

- A mí me cobraban dos pesos por una botella de original ginebra inglesa -, se ufanó sonriendo,

- Y cuando me harté, también me la regalaban -, concluyó.

La sonrisa y el brillo en sus ojos persistían y supe que a la historia le reventaba el contenido. La había cargado de expectación intentando engancharme pero se sosegó, tomó un sorbo de su vaso y quedó callado.

Me desagradó sentirme obligado a hablar cuando me di cuenta que sería violentamente descortés que persistiera en mi silencio.

- ¿De qué huía en ese lugar? -, le pregunté con lo primero que vino a mi mente.

Al instante se mostró dichoso que hubiera mordido el anzuelo y que me hubiera dispuesto a la charla pero mi pregunta lo desubicó. La expresión de su urbana y neutra faz, aburrida como la mía, se rompió con mi pregunta y por un momento en sus ojos asomó un brillo de animal acorralado y el asustado fui yo.

Para recomponerse, con toda parsimonia sacó una caja de cigarrillos y un encendedor de una bolsa de su chaqueta. Dándose tiempo lo encendió y después lo succionó con toda la lentitud posible.

Al exhalar el humo su sonrisa era otra vez la misma y de nuevo ya era dueño de sí.

- Hay personas que no tienen buena estrella -, dijo.

- Aquí tuve un percance muy serio y tuve que largarme pero no pude alcanzar Estados Unidos, sólo pude llegar hasta ése pueblecillo -, me contó con un reminiscente y apagado tono que sonó bastante sincero.

- Pero la estrella es la estrella y allí, también la mía me persiguió -, me dijo.

- La mujer del dueño de la casita donde me alojaba, era una campesina hermosa y apetecible. Sus vestidos pobres y sencillos no lograban ocultar

sus pródigas formas y de mis ojos ella supo mi deseo y en los de ella lo redescubrí ardorosamente contagiado. Todos los días la ginebra emborrachaba a todos pero yo regresaba a dormir sin alcanzar la borrachera completa y lo que tenía que pasar pasó -, dijo con fatalidad al regresar un suspiro.

- Algún tiempo después que empezamos a tener relaciones a escondidas de su marido, una noche fuimos despertados por los hombres del pueblo que a gritos, con teas encendidas y enarbolando palos y machetes, nos sacaron desnudos de la cama hacia la única calle con la intención de lincharnos. La general borrachera de todos me salvó y pude escapar de allí. Por varios días estuve perdido en las montañas pero ya ve, aquí estoy, sigo vivo -, dijo mostrando los dientes en una triunfalista expresión de resucitado mientras levantaba su vaso incitándome a beber.

Indiana Jones y la Búsqueda del Arca Perdida pensé con sarcasmo y ahora sonreí yo.– No hay dudas, sigue habiendo gente con encendida imaginación -, me dije.

Creyendo que con su historia me había atrapado en la fascinación completa, la imagen placentera de su cara le sonreía a la imagen de la mía en el espejo. No le di gusto emitiendo comentarios y allí me di cuenta que Marcial hablaba con un hombre en la mesa de la esquina más alejada.

No era usual que se sentara con ningún parroquiano. Antes nunca lo vi haciendo eso.

El hombre, silueta oscura con sombrero, le mostraba una fotografía.

En el momento en el que con ella en una mano, Marcial señaló a mi acompañante con la otra, con inusitada rapidez éste se lanzó fuera de la butaca y un estampido y un destello seguido de un súbito corte de luz, disiparon mi consciencia.

Cuando salía de la penumbra, regresando a la claridad, Marcial y el hombre del sombrero estaban arrodillados en el suelo, palpándome por todas partes.

- No es nada, fue solamente un roce -, decía el hombre.

- ¿Qué pasó? -, pregunté todavía aturdido.

- Que por fin agarré a este criminal hijo de puta -, dijo el hombre.

– Cuando su mujer apareció degollada, él desapareció y en México lo buscan porque fríamente masacró a balazos a seis campesinos

desarmados -, dijo viendo hacia a un lado y yo seguí su mirada.

Sentado sobre el piso de madera, recostado en el vertical tubo de metal de una butaca y presionando su pecho con sus manos ensangrentadas, yacía mi compañero de tragos.

Sonrió con triste resignación y se esforzó para decirme entrecortadamente,

- No se preocupe, a usted no le va a pasar nada. Esa estrella es sólo mía –, dijo y cerró los ojos mientras su cabeza caía hacia un lado.

Marcial se inclinó sobre mí, puso su boca muy cerca de mi oído y me dijo,

- Ahora entiendo por qué uno no debe ponerse a hablar mierdas con nadie –.

Álvaro Amaya. Guatemala,C.A.

Subido a www.megustaescribir.com el 26 de Octubre de 2016.-
Foto: Pixabay.-